

La bondad, la maldad y el Psicoanálisis

Por ENRIQUE GUARNER

Se atribuye a Epicuro el siguiente silogismo:

Dios quiso quitar el mal del mundo

y no pudo, o pudo y no quiso.

Si quiso y no pudo fue impotente,

lo cual es contrario a su naturaleza.

Si no quiso, ni pudo es al mismo

tiempo perverso e impotente.

Si quiso y pudo uno se pregunta:

¿Por qué existe el mal en el mundo?

ESTE argumento que parece irrefutable, puede solamente refutarse replicando que Dios nos concedió el conocimiento del mal, para ponernos a prueba y decidimos a perseguir el bien. El origen de la maldad resulta indescifrable, pero sabemos de su existencia desde épocas remotas. El hombre primitivo debe haber decidido que era preferible el valor a la cobardía y la generosidad sobre la codicia. En Egipto se denominaba «Tifón» a la crueldad y en Babilonia se la conocía como Ahriman.

En su diálogo «La República», Platón afirma que la bondad constituye la virtud suprema y nos asegura que forma la verdad absoluta al igual que la luz o la belleza. A continuación el filósofo la compara con el sol que otorga a los objetos posibilidad de ser vistos, generarse, nutrirse y finalmente existir.

En la «Moral a Nicomaco», Aristóteles define al bien como la perfección o realidad deseada. Es por ello que curar es preferible a sufrir y el concepto de justicia resulta superior al hombre justo.

La posición aristotélica fue validada por los estoicos quienes consideraron a la bondad como una elección obligatoria e introdujeron la noción del valor atribuido al espíritu. Séneca, su principal representante sostuvo: «Así como es propio del calor calentar, es propio del bien beneficiar».

Santo Tomás de Aquino retornó al concepto de bondad como la perfección y describió la maldad a través del pecado y la ausencia del bien.

En su «fundamentación de la Metafísica de las costumbres» publicada en 1781, Emmanuel Kant considera que el bien y el mal forman parte de la voluntad humana y por lo tanto carecen de realidad o irrealdad. Para el filósofo de Königsberg la máxima única esencial es el imperativo categórico que nos dice: «Obra según una regla que puedas convertir en una ley de carácter universal». En otras palabras: «no hagas a los demás aquello que no quieras que te hagan a ti». Con esta norma interna se evitará causar daño a los que nos rodean y se pueden establecer preceptos absolutos en la conducta.

Puede afirmarse que la filosofía moderna apoyada en la vigencia de los «valores» como objetos ideales, hace de la maldad un disvalor, o sea, un juicio negativo contra lo que valoramos y perjudica. Por ejemplo, una catástrofe es un mal si destruye vidas humanas, fuentes de subsistencia o el bienestar del conglomerado. En cambio, si el fenómeno terrestre no causó muertes o daños puede considerarse como erosión de la naturaleza.

Desde el punto de vista

práctico todos podemos diferenciar fácilmente la bondad de la maldad. Así consideramos la ternura, o sea la emoción de aceptar con delicadeza y amor a otro ser, resulta superior como valor. Por otra parte la crueldad consiste en la obtención del placer al causar dolor, o permanecer indiferentes al sufrimiento de los demás se vuelve una vileza.

De la misma manera sabemos que la honestidad al ganar el dinero justamente es mejor que la corrupción que se lleva a cabo con la práctica habitual del soborno. Vale la pena recordar aquí que el primer ministro español Práxedes Mateo Sagasta, quien ejerció el poder a fines del siglo XIX vivía en una casa madrileña exenta de todo boato, a la cual mandó quitar las puertas para que pudiera penetrar en ella cualquier ciudadano. ¿Qué pensarán de lo anterior nuestros políticos que habitan mansiones amuralladas repletas de guarda-espaldas? Ellos amasan increíbles fortunas mal habidas que envidiarían los emperadores romanos.

Asimismo puedo citar la supremacía de la generosidad con liberalidad y amplitud al dar, contrastada con la avaricia caracterizada por la renuencia a gastar escatimando el dinero al que se acumula sin límite.

También debo considerar dentro de la maldad a los vicios o actos inmorales que implican degradación de las personas. Lo opuesto será obrar siguiendo el imperativo categórico Kantiano independientemente de preceptos legales o por razones éticas que demostrarán la virtud de integridad.

Cabría añadir la modestia o probidad como una forma de recato que contrasta con la grandilocuencia y megalomanía. A propósito de esta dignidad relataré en el artículo un suceso del que fui testigo cuando apenas contaba diez años de edad. Este ocurrió en el puerto de Casa Blanca desde el cual embarcamos con rumbo a México varios centenares de refugiados políticos de la guerra civil española. Pues bien, estando sobre la cubierta del barco se desencadenó un fuerte murmullo y presencié como un buen número de pasajeros se avalanzaron hacia la borda para aplaudir a un hombre de baja estatura con cabello blanco ensortijado que se dirigía a la escalera de abordaje.

De inmediato mi padre me dijo que se trataba de Niceto Alcáza Zamora, ex-presidente de la República, quien era ovacionado por todos, incluyendo los gendarmes franceses. Al llegar a cubierta lo esperaban el capitán del navío portugués para conducirlo a un camarote de lujo que se le había preparado de antemano. Sin embargo, don Niceto se negó a seguirlo por-

que él había pagado un pasaje de tercera clase y allí tendría que viajar. La realidad fue que permaneció en el mismo al igual que los demás refugiados políticos que le acompañaban.

Otro caso de cierta probidad que recuerdo sucedió el 27 de enero de 1963 cuando Adolfo López Mateos se presentó de improviso en la plaza México para ver torear a Paco Camino. Lo importante resultó que el presidente se presentó sin escolta alguna con su inseparable secretario particular y ni siquiera se sentó en barrera de primera fila, sino una de cuarta y aplaudió como todos los que allí nos encontrábamos la faena del de Camas ante «Novato» de Mariano Ramírez, una de las mejores que se hayan visto en nuestro coso máximo.

Por supuesto que este artículo sobre la bondad y la maldad sería incompleto si no citara la superioridad de la misericordia y piedad, sobre la indiferencia o la vileza. Asimismo debo recordar la negatividad de la mentira y la blasfemia y lo positivo de la verdad y benevolencia. Por último tengo que añadir algo tan subjetivo como las buenas costumbres, la amabilidad, la cortesía y el pudor frente a la desagradable de las malas maneras y el exhibicionismo.

Aspectos psicológicos

Para el hombre primitivo la bondad tenía que constituir un «deber ser», o el camino obligado a seguir en forma irresistible. Es por ello que la conducta tribal resultaba homogénea o regular al derivarse de la identificación irreflexiva como un simple hábito que continuaba la ruta de los ancestros. Es decir, no había la posibilidad de obrar en sentido contrario porque se aplicaban de inmediato sanciones y a veces el rigor del aislamiento o expulsión del que había quebrantado la regla. Se puede decir que casi no existía la idea del deber porque el temor al castigo llevaba implícito la convicción de que solamente se podía actuar de una manera.

Sin duda fueron las normas religiosas las que tomaron un carácter jurídico. En Grecia estos principios indiferenciados se incliaron hacia el terreno ético, mientras en Roma se impuso la ley sobre la moral. El Cristianismo estableció la clara diferenciación entre la moral representando a la virtud y la maldad se convirtió en el pecado. En la medida en que el hombre adquirió una conciencia de sí mismo aparecieron los valores espirituales y el criterio de lo que está bien en contraposición con el mal.

En su libro «Evolution in action» el biólogo Julian Huxley nos dice «El hombre es el único animal que practica lo que los freudianos han llamado represión y se encuentra siempre realizando elecciones conscientes. Es asimismo el único organismo que tiene conciencia, o sea, un sentido de lo que está bien o mal. Esto no es obtenido hereditariamente o por implantación divina, sino que como cualquier parte de la mente es una pieza de la maquinaria psíquica construida por el niño para enfrentarse a la situación ambivalente que

confronta en los años tempranos».

Efectivamente tiene razón Huxley porque de acuerdo con Sigmund Freud dentro de la mente humana existe una conciencia que determina la actitud moral o inmoral que tengamos. Su formación se inicia en la primera infancia cuando paso a paso el niño descubre en el ambiente que le rodea las reglas establecidas por la convivencia. La transmisión de lo que está bien contrapuesto con lo malo es llevado a cabo por padres y profesores quienes deben evitar dejarle lagunas.

Pasados los años el adulto decide su inclinación a la bondad o maldad de acuerdo a: 1) Las experiencias adquiridas. 2) Aquellas que le son propias y 3) La intervención social. Sin embargo, si esta última se muestra favorable hacia la corrupción caeremos en la misma. En otras palabras todos seguimos un esquema que si en un principio fue automático, con el transcurso de la vida se convierte en voluntario deteniendo o reprimiendo los impulsos.

Podríamos concluir que en el fondo existe una clara diferenciación entre la bondad y la maldad, fenómeno ético que requiere ser analizada profundamente y no constatar como suele hacerse que el bien y el mal están entremezclados.